

# NUESTRO HISPANISMO Y NUESTRO IMPERIALISMO

POR

ALFONSO JUNCO

**L**A España materna, descubridora y fundadora de pueblos, misionera y civilizadora, alborea para nosotros, mejicanos, en la portentosa claridad del 12 de octubre: aquel día en que, con sollozo de júbilo y victoria, alzó Colón la cruz en tierras de América, cuando, pretendiendo abrir nuevo camino para las Indias y creyendo tocarlas, topó con un inmenso continente que se alzaba a mitad de su carrera y que ni en sueños desmesurados existía. Quedó así integrado el mundo, y quedó potencialmente incorporado nuestro hemisferio a la civilización y al cristianismo. Que estas grandes repercusiones suelen tener los grandes propósitos, y, aun a despecho de los yerros humanos, suele Dios coronar con imprevistas verdades el tesón de la heroica voluntad.

Aquella empresa substancialmente española —del todo ajena al rincón nativo de Cristóbal Colón, vana y puerilmente disputado—; aquella empresa acariciada en La Rábida, auspiciada por fray Diego de Deza, acometida en nombre y al impulso y amparo de los Reyes Católicos, con el concurso decisivo de los Pinzones y con naves y gentes españolas, inauguró el contacto, doloroso y glorioso, de Europa con América, inauguró la efusión y la fusión de sangres que gestaría el alumbramiento de nuestros pueblos. Acaso por ello ha venido designándose el 12 de octubre como el Día de la Raza. Pero raza no significa para nosotros exclusión altanera, sino amorosa penetración; no implica la teoría materialista y pagana de un racismo aislante, sino, al revés, la doctrina espiritualista y cristiana de un ecumenismo integrador. Integrador, en nuestro caso —dentro de la vasta hermandad de todos los hombres—, de esta egregia comunidad espiritual que llamamos la Hispanidad. Común denominador, signo unitario que no borra, sino levanta a superior armonía, las diferencias étnicas, las aportaciones locales, los valores autóctonos. Voz de la historia y de la lengua, voz de la religión y la cultura.

Nuestra raza no es racista. Al contrario. Nutridos de substancia católica, vale decir universal, nosotros somos auténticamente hispanistas, y por eso, precisamente por eso, somos auténticamente indigenistas. Yo quisiera alumbrar este concepto, que suele andar tergiversado y confuso: porque las palabras mismas parecen plantear una alternativa, facilitando así el equívoco y tendiendo la emboscada.

Ello ocurre a menudo...

**E**LLO ocurre a menudo. Así, por filosófico ejemplo, materialismo y espiritualismo figuran como doctrinas antitéticas; mas no lo son con paralelismo exacto. Porque materialista es el que NIEGA el espíritu y reduce todo a materia; en tanto que espiritualista es el que afirma la existencia del espíritu, pero NO NIEGA, sino sostiene, la existencia de la materia. El materialista, pues, afirma la materia y niega el espíritu; el espiritualista afirma el espíritu y afirma la materia.

Más aún. El espiritualista cristiano proclama el respeto a la materia como hechura divina; propugna la entereza corporal; tiene por sagrada la vida, así la ajena como la propia, así la realizada como la posible; postula la reverencia al cuerpo humano como instrumento del alma y como templo vivo del Espíritu. Con todo lo cual, por llamativa paradoja, el espiritualista viene a ser defensor de la materia y a exaltarla a una jerarquía que nunca podrá otorgarle el materialista.

**C**OSA de algún modo parecida acontece con los términos de indigenismo e hispanismo. El indigenismo —mejor dicho, cierto indigenismo des-

caminado y angosto, que tal vez quiere monopolizar el título— suele prescindir del hispanismo y aun repudiarlo, quedarse con el indio en vivas plumas, encantarse con su exotismo pintoresco.

El hispanismo, en cambio, al afirmar lo hispánico, afirma precisamente lo indígena, que no es ya cosa contrapuesta ni ajena a la Hispanidad, sino fundida con ella en una totalidad étnica e histórica objetivada por veinte pueblos.

El hispanismo católico —único hispanismo entero y verdadero, porque lo católico es la entraña misma de lo hispano— ama y siente al indígena como cosa propia. No lo segrega, sino que lo incorpora. Quiere su mejoría y exaltación integral, como persona humana. No mira al indio como bicho raro, sino como hombre.

Ese indigenismo adorador del dialecto y de la orejera y del collar, que busca ejemplares de indios como buscaría ejemplares de fauna exótica, huele mucho a novelaría y a mentalidad de *reservation*. Puede pasar para turistas. Pero resulta, a la postre, denigrante para los indígenas a quienes pretende exaltar.

**E**L hispanismo, al revés, nutrido de católica savia, no entiende al indio como mitotería pintoresca, sino como dramática humanidad.

No ya hispanistas, sino hispanos, son cuantos iniciaron y arraigaron en América el conocimiento y la dignificación del indígena, su incorporación fraterna y sin repulgos a una comunidad más vasta y a una cultura superior. Todo ello respetando cuanto en los modos y costumbres indígenas era bueno o indiferente; corroborando con amor sus peculiares aptitudes y sus gustos nativos; y sólo repudiando las cosas inhumanas o inferiores: sacrificios sangrientos, antropofagia, idolatría, poligamia...

Siguiendo las huellas de Isabel —que porque fué de veras la Católica fué de veras indigenista—, la Corona de España defiende siempre a los indios ante los abusos y ferocidades engendrados por la guerra y el apetito dominador.

Un pariente de Carlos V viene a esconderse en un rincón de Méjico —en el convento de San Francisco, cuna de la civilización del Nuevo Mundo— y muere nonagenario, todo absorto en su portentosa tarea educativa. Es Pedro de Gante.

Del colegio franciscano de Tlaltelolco salen indios doctos y respetables, que saben de latín y de gobierno, que descuellan en la vida intelectual y social, como aquel don Antonio Valeriano, evangelista de la "buena nueva" del Tepeyac.

D. Vasco de Quiroga, primer Obispo de Michoacán, junta a los indios en comunidades ideales, fomenta la limpieza de su alma y de su cuerpo, organiza el trabajo y la economía con un realismo tan certero y tan eficaz que todavía al cabo de cuatro siglos deja huellas vivientes.

Un encomendero, Bartolomé de las Casas, siente el grito cristiano de su hispanidad, y deja sus indios, y llega a obispo, y vuélvese feroz adalid de todos ellos. ¿Quién ha exagerado y vociferado contra los españoles con tan abrupta intemperancia —y tan respetada libertad— como él? ¿Y quién ha dicho más suaves y enamoradas cosas de los indios que otros también mitrados: Julián Garcés, el venerable Palafox...?

Escudriña Sahagún y registra acuciosamente la historia y peculiaridades de los nativos; la pléyade de los misio-

neros lleva luz científica al intrincado laberinto de las lenguas. Mas todo ello con calor vital: no para arrellanarse en la filología y el folklore, sino para lanzarse a la redención de aquellas almas humanas.

Lo que da nervio y profundidad al heroísmo de aquellos grandes indigenistas, es puntualmente lo que tienen de hispanos, lo que tienen de cristianos. La mera inspiración indígena sería impotente para esos frutos. Necesitábase, precisamente, la inspiración hispánica, la aportación providencial de la cultura y la religión que España trajo y consubstanció en nuestra vida.

Nadie es, pues, mejor indigenista que un buen hispanista. Quien desdeña o repudia lo hispanocatólico, podrá ser un selecto explorador del indígena como curiosidad: nunca un entrañable amador del indígena como hombre.

**N**OSOTROS, mejicanos, justamente por nuestra herencia hispánica, jamás hemos sentido diferencias por el color de la piel: indios, mestizos, criollos, convivimos naturalmente y sin reparar en ello; nunca es la raza motivo de acrimonia ni de exclusión; lo mismo en la escuela que en la oficina, en el foro que en el ejército, en la mitra del prelado que en la silla del presidente, pueden alternar y alternan, sin asombro ni repulgo de nadie, todos los "pigmentos".

Para avalorar esta excelencia, genuina y medularmente cristiana, que nos pasa inadvertida por lo mismo que nos es connatural, basta pensar en el racismo de Alemania; en las colonias inglesas, donde el británico nunca mezcla su sangre con la aborigen, y, más cerca de nosotros, en los Estados Unidos, donde, a despecho de la libre igualdad que en otros órdenes triunfa, vemos que los indígenas fueron destruidos y sólo subsisten en calidad de apartada rareza, como vemos que los negros constituyen muchedumbre más o menos postergada. ¿Hay nadie que mire hoy como factible el que subiera a Presidente de los Estados Unidos un indio o un negro?

Pues esto, que no se tiene en los países de mayor auge democrático, y que implica un concepto primordial e ineludible para la dignificación del indígena, lo tenemos nosotros, y lo tenemos como herencia y mensaje de nuestra cristianísima hispanidad.

**R**ECAPITULEMOS, volviendo a nuestro punto de partida. El espiritualista cristiano no niega la materia, sino la afirma y levanta a mayor jerarquía. De manera semejante, el hispanista cristiano no niega al indígena, sino lo afirma y exalta a verdadera sublimación.

Y así como el materialista que niega el espíritu se incapacita para dignificar a la materia, así el indigenista que niega lo hispánico se incapacita para dignificar al indígena.

No hay, en suma, oposición entre indigenismo e hispanismo. Podrá haber variedad de dosis y de acentos en la estimación; podrá haber, de ambos lados, espíritus angostos que no abarquen y sobre todo que no vivan esta síntesis. Pero el hispanismo auténtico es el auténtico indigenismo.



Y aquí se presenta, naturalmente, al espíritu una amable evocación: la Virgen del Tepeyac, la mejicana Virgen de Guadalupe, viejo amor unitivo de españoles y de indígenas, milagro en que las rosas de Castilla se funden con la tilma del indio para estampar en ella a la celeste Señora.

La que fué lábaro de nuestra independencia y reconocemos todos por símbolo de Méjico, puede ser, también, guía y emblema de la Hispanidad. Porque no es, como solemos decir, una Virgen india, sino una Virgen que en su rostro anuncia y sublima el mestizaje entonces balbuciente.

La aparición a Juan Diego fué en 1531, diez años apenas después de la toma de Méjico por Cortés. Y aquí conviene advertir que la Virgen de Guadalupe mejicana es cosa absolutamente distinta y aparte de la Virgen de Guadalupe española. La coincidencia —ciertamente peregrina— del nombre, ha despistado a muchos. ¿Por qué la Virgen nuestra, aparecida en el Tepeyac, se llama de Guadalupe? Por un motivo claro y concreto: porque la Virgen misma dijo que se haría bien en llamarla con tal nombre. Así consta, con todas sus letras, en la vetusta relación del milagro, escrita no en castellano ni por un español, sino en lengua azteca y por un indio ilustre, contemporáneo del prodigio: D. Antonio Valeriano. Tal es la razón. Nosotros podemos conjeturar que quiso la Señora darse un nombre que fuera familiar y atrayente para los españoles, sobre todo extremeños, como Cortés, que consumaron la conquista, y que al favorecer con privilegio a Juan Diego, representante de los vencidos, quiso al propio tiempo atraer con dulzura a los vencedores, y a unos y a otros hermanarlos en la misma devoción. Y así fué, extraordinariamente, desde los años primerísimos, y durante las tres centurias del virreinato, y siempre, hasta hoy, con un fervor acrecentado. El beso de las razas se dió, católicamente, por María y en María.

“Emperadora” llamaba Morelos a la Guadalupana. Un dulce imperio, un santo imperialismo están latentes en aquella suavísima hermosura que encanta y resplandece, con interno fulgor, en la Virgen de Méjico.

Vivas instancias de los países indoeuropeos la hicieron declarar, en 1910, por la venerable boca de Pío X, patrona de toda la América Hispana.

Y, más aún: hace unos cuantos años, en Los Angeles, California, muchedumbres norteamericanas fraternizaron con las nuestras para aclamar y coronar a la Emperadora.

Porque la Virgen, centro y núcleo de unidad mejicana, sobrevive a la disgregación geográfica de nuestra Patria; y en territorios que fueron nuestros y hoy viven bajo el signo de las barras y de las estrellas, el amor a María de Guadalupe sigue encendiendo su llama; ella vivifica a los compatriotas que posteriormente han buscado, allá, refugio

contra nuestras miserias fraticidas; y contagia ya, con un divino imperialismo, a los hijos de la raza del Norte.

La vieja California, fecundada por los sudores apostólicos del Padre Salvatierra, del Padre Kino, de fray Junipero Serra —grandes guadalupanos también—, siente la nostálgica atracción de aquella herencia ilustre, y en medio del escándalo y tumulto del progreso moderno, busca sosiego y luz en aquella dulcísima Señora que, a la manera de la verdad por el poeta cantada,

“brilla, como el silencio de una estrella,  
por encima del ruido de una ola”.

★

PEREGRINOS del Norte llegan, en crecientes caravanas, a la colina del Tepeyac.

Glorificase, en los Estados Unidos, a la Emperadora de Méjico.

Pío XII ha proclamado ya a nuestra Virgen patrona de la América toda. Y así ejerceremos, a la inversa, un insólito imperialismo.

El hecho es cosa de meditación y de esperanza. Pone de realce lo que puede el espíritu, indica dónde está nuestra pujanza, apunta un sendero luminoso de penetración fraterna.

Vínculo maestro, la religión, aglutinante sumo de las almas, fisonomía decisiva de los pueblos, ella puede trocarlos de influídos en influyentes.

Nuestra fuerza está en lo nuestro, en lo radicalmente nuestro, en lo que es fisonomía de nuestro espíritu, savia de nuestra cultura, pulso de nuestra sangre. Nos incumbe exaltarlos y defenderlos, acaudalarlos y difundirlos.

Hidalgamente, abiertos a todo noble influjo y a toda amistad sincera, debemos sentirnos orgullosos de nuestra herencia cultural, una de las más altas, originales y profundas de que la humanidad puede gloriarse. No hemos de remedar, atolondrados, lo mediocre o lo peor que cunde en otros países poderosos, ni hemos de olvidar, como cantó Díaz Mirón, que en nosotros alienta aquel espíritu hispano

“que siempre será cosa  
firme y enhiesta, principal y hermosa”.

Hoy, como ayer, la Virgen de Guadalupe es bandera de vanguardia y símbolo de emancipación. Ella, que con rosas de Castilla se pintó y se entrañó —para sublimarlo— en el ayate del indio, ella dice el camino, pone lección, da arrojo. Con ella y como ella, extienda nuestra estirpe su estandarte de autonomía espiritual y de expansión vitalizadora. Hidalgamente amigos, en paz y amor con todos, la celeste Emperadora defina, nutra, exalte nuestro inmaterial imperialismo.





LA MEJICANA VIRGEN DE GUADALUPE  
PATRONA DE LA AMERICA HISPANA

La pintó Andres Lopez en Mexico en el Mes de  
Abril del Año de 1789, despues de muy exactas  
observaciones hechas en tres diferentes dias, con la  
vidriera abierta de la Original, en consorcio de  
otros quatro facultativos, y quedando todos cin